

## Deconstruyendo a Telémaco

Mérida/ julio de 2019

Celebro la oportunidad que me ha brindado Margarita Borja, coordinadora del III Encuentro de creadoras escénicas y la organización del Festival de Teatro Clásico de Mérida para hablar de un personaje y de una obra que siempre despertaron mi curiosidad. Recuerdo que de pequeña veía un pequeño libro de un tal Fenelon, titulado *Les aventures de Télémaque*, escrito en francés, en casi todas las bibliotecas de las casas. De las casas que tenían bibliotecas, claro. En casa también disponíamos de un ejemplar de la obra de Fenelon que se ha perdido. Debo decir que alguna vez lo hojeé distraídamente y me pareció aburridísimo. No pasé de las dos o tres primeras páginas. Pero, una pregunta quedaría flotando en la mente y es ¿por qué este libro formaba parte inexcusable de todas las bibliotecas, cuando apenas lo he visto nunca citado con posterioridad como una lectura interesante en los libros de memorias o en los recuerdos de infancia y adolescencia? Me refiero, claro, al memorialismo español, ignoro la fortuna de la obra en la cultura francesa contemporánea. En todo caso ¿cuál era el secreto que encerraba *Las aventuras de Telémaco, hijo de Ulises* para ser un libro imprescindible? Porque, en términos estrictamente comerciales, conseguir que un libro, bien fuere en el siglo XVIII, bien ahora mismo, trescientos años después, conseguir que se cuele en todas las casas puede decirse que supone un gran éxito. A eso lo llamamos un *best seller*: un libro que todo el mundo cree que debe poseer, independientemente de que se lea o no. Es importante comprender pues que me refiero a un libro que ha penetrado profundamente en la psicología educativa a lo largo de generaciones. Después veremos con qué consecuencias. Aunque de ninguna manera quiero negar su valor. La tradición no hay que negarla abstractamente sino leerla sin ingenuidad, de acuerdo con el estado actual de la cultura y las ideas: así el presente da forma constitutiva al pasado.

Fenelon se llamaba en realidad François de Salignac de La Mothe-Fénelon, era hijo de una familia noble que poseía un castillo del mismo nombre y que muy pronto ingresó en el sacerdocio. En 1695 sería nombrado por el rey Luis XIV arzobispo de Cambrai. En ese momento Fenelon tenía 44 años (había nacido en 1651) y puede decirse que estaba en la cúspide de su buena fortuna. Desde unos años atrás era consejero espiritual de la severa y muy creyente Madame de Maintenon, esposa morganática de Luis XIV y

gracias a esta influencia ocupó el cargo de tutor de uno de los nietos del monarca, el duque de Borgoña, que contaba 7 años en 1689<sup>1</sup> cuando Fénelon se hizo cargo de su educación trasladándose temporalmente a vivir en Versalles. Allí Fenelon conocería de cerca la vida cortesana, girando toda ella alrededor del Rey Sol, y tendría la oportunidad de observar los excesos que este promovía en todo lo relacionado con su figura, su prestigio y su autoridad. Cuando concluyó la educación del inquieto y impulsivo duque de Borgoña, Luis XIV en atención a los servicios prestados propuso su nombramiento como arzobispo de Cambrai. Unos meses antes de dicho nombramiento, sin embargo, Fenelon, había dirigido al monarca una durísima carta en la que reprobaba su forma de gobierno. Es una carta profética donde le advierte de los peligros que finalmente acabarían con la monarquía francesa. Les leo un pasaje de la carta donde le acusa del empobrecimiento de la nación:

Vuestro nombre se ha hecho odioso... mientras vuestros pueblos mueren de hambre, el cultivo de las tierras está casi abandonado, las ciudades y el campo se despueblan, todos los oficios languidecen, Francia entera no es más que un gran hospital desolado y desprovisto. La sedición se enciende poco a poco en todas partes; creen que ya no tenéis ninguna compasión por sus males, que sólo amáis vuestra autoridad y vuestra gloria. Esta gloria que endurece vuestro corazón os es más querida que la justicia, incluso que vuestra salvación eterna, que es incompatible con ese ídolo de gloria. Sólo amáis vuestra gloria y vuestra comodidad. Todo lo centráis en vos, como si fuerais el dios de la Tierra y todo lo demás solamente hubiera sido creado para seros sacrificado<sup>2</sup>.

Luis XIV se lo sacó de encima pero la experiencia de Versalles y su propia reflexión sobre la mejor educación que debía adquirir un príncipe para evitar los excesos que denuncia en la carta, le conducen a escribir casi de inmediato *Las aventuras de Telémaco, hijo de Ulises*, una novela de formación que causaría furor por las críticas apenas veladas a la forma de gobierno de Luis XIV, en línea con la carta anterior dirigida al monarca: algunos pasajes son idénticos. En el tratado pedagógico-político, apenas disfrazado de novela, Fenelon no deja de insistir en que un rey lo es para el bien y la virtud de sus súbditos y no para la gloria personal, en cuyo caso el rey adquiere una dimensión monstruosa que solo puede acarrear la desgracia de la nación porque sus intereses no son los moralmente adecuados. La crítica al lujo excesivo, a los placeres de la corte, a los excesos a los que conduce la vanidad y el envanecimiento son tan

---

1 Y que, por cierto, sería el sucesor de Luis XIV

2 Cita extraída de

evidentes que cuando se publicó el libro, cuatro años después de nombrarle obispo de Cambrai, Luis XIV le reduciría notablemente sus recursos.

El reputado libro se publicó pues en 1699, al filo de la Ilustración y está claro que Fenelon se identifica con una religiosidad casi quietista por contemplativa y amante de las buenas obras, opuesta a las formas vaticanistas, pero también es consciente -y ese sería el espíritu que dominaría el siglo XVIII- que la razón es la facultad más fiable en el ser humano y que todas las grandezas basadas o inspiradas en otras facultades -los sentimientos, los deseos, las pasiones- poseen una estructura más frágil, inestable y quebradiza que aquellas a las que se llega mediante el ejercicio de la razón. La pregunta que debe hacerse el individuo no es ¿qué quiero yo? sino ¿qué es lo más conveniente para todos? El principio de fundamentación racional a ultranza conduce a Fenelon en *Las aventuras de Telémaco* a un moralismo radical. El obispo de Cambrai tal vez no tuvo nunca la oportunidad de ver cómo se toma una decisión política, pero era muy consciente de cómo debería tomarse y en función de qué consideraciones y circunstancias. *Las aventuras de Telémaco* pasó en Francia de generación en generación como enseñanza para la formación de un nuevo príncipe nada maquiavélico, todo virtud y orden. De inmediato fue traducido a todas las lenguas de cultura. La primera versión al castellano es de Andrés de la Muela y data de 1713. Las ediciones se sucederían: 1723, 1733, 1758, 1777, 1797, 1804, 1820, 1827, 1832, 1838, 1851, 1854, 1859, 1932, 1944, 1954, 1992... Pero el éxito en España del libro ofrece otra clave. Lo recordaría el librero barcelonés Antonio Bergnes de las Casas en su edición de 1838 donde aprovecha el texto para incluir unas explicaciones gramaticales sobre el funcionamiento de la lengua francesa. Y es que: “*Las aventuras de Telémaco* viene a ser la cartilla por donde solemos los españoles aprender la lengua francesa”. Es decir que aquí se leyó como libro de aprendizaje de una lengua, no como reflexión sobre la conducta moral que deben seguir los hombres para su propia plenitud personal y política. Eso explica su falta de trascendencia política entre nosotros. En cuanto dejó de ser un libro de lectura de la clase media y alta para el aprendizaje del francés, por la elegancia de su sintaxis, *Las aventuras de Telémaco* se olvidó por completo. Con gracia teñida de misoginia lo recordaría el marxista Manuel Sacristán en la edición que preparó para la editorial Fama en 1954: “Es respetable, entrañablemente respetable [se refiere a las generaciones de estudiantes de francés que han acudido al libro. Algo así como la

Gran Polonesa que todas las vecinitas del mundo nos ofrecen por el patio durante sus estudios de piano” (1954: 14).

Sin embargo, hasta aquí no estoy deconstruyendo nada, solo ubicando una obra cuya larga vida ha sido especialmente afortunada. Pero ¿de qué va el libro? Fenelon, como ya se ha dicho, quiere escribir un ensayo sobre la formación moral que deben tener los gobernantes y por extensión todo hombre que aspire a la rectitud y a la justicia. Él era un moralista y, por tanto, su libro no aspiraba a la creatividad, al ingenio, sino a transmitir unas enseñanzas y convencer de la justicia de las mismas. Para ello arranca de los cuatro primeros libros de la Odisea de Homero, y con una dependencia estructural que, en términos filológicos, podría sostenerse que Las aventuras de Telémaco constituyen el hipertexto de un hipotexto sin el cual el primero no puede sostenerse, que es la Odisea. Conocemos el argumento de la obra: Odiseo (Ulises para los romanos) ha ocupado diez años de su vida en librar la guerra contra Troya y una vez derrotados los troyanos, Odiseo, su máximo vencedor, tardará otros diez años en regresar a su reino, la isla de Itaca donde quedaron su esposa Penélope y su pequeño hijo, Telémaco. El dios de los mares, Poseidón, está furioso de la victoria de Odiseo sobre Troya y lo castiga impidiéndole el regreso a su patria. Oponiendo a su deseo todas las dificultades posibles. Para Telémaco, su padre Odiseo es y ha sido una figura ausente, un vacío pues no recuerda nada de él más que lo que se le ha dicho de él, sea Penélope sean los dioses o los hombres. Y pasa tanto tiempo sin que regrese, porque veinte años es mucho tiempo, que los itacenses le dan por muerto y los hombres más ambiciosos abrumarán a Penélope buscando el matrimonio con ella y poder así hacerse fácilmente con el gobierno y las riquezas de la isla. Ella y su hijo tienen que soportar que esos hombres se instalen en el palacio, coman y beban a sus expensas y dilapiden el patrimonio real a la espera de que ella se decida por uno de ellos (pues para ganar tiempo Penélope recurre a la astucia: les dice a todos que tomará una decisión en cuanto acabe un sudario que teje para el rey Laertes, padre de Odiseo, pero por las noches desteje la obra que ha tejido durante el día). La situación se vuelve insostenible para madre e hijo cuando una de las sirvientas descubre la estratagema y es entonces cuando Telémaco se decide a ir en busca de su padre y hacerlo regresar, pues corren rumores de que Odiseo vive en alguna parte. A los veinte años es un joven arrogante. Mucho más arrogante en la Odisea que en la obra de Fenelon, pues el conocido diálogo que mantiene con su madre en la obra de Homero, cuando esta irrumpe con sus

doncellas en un banquete solicitando al aedo que entone piezas menos tristes que agobian aún más su corazón, Telémaco le responde audazmente:

Resígnate en tu corazón y en tu ánimo a oír ese canto, ya que no fue Ulises el único que perdió en Troya la esperanza de volver; hubo otros muchos que también perecieron. Mas, vuelve ya a tu habitación, ocúpate en las labores que te son propias, el telar y la rueca, y ordena a las esclavas que se apliquen al trabajo; y de hablar nos cuidaremos los hombres y principalmente yo, cuyo es el mando en esta casa.<sup>3</sup>

Duros comentarios que desaparecen en la obra de Fenelon pues su Telémaco forzosamente debe resultar más moldeable que en la obra original, a fin de que puedan penetrar las enseñanzas de Mentor.

El mayor enemigo de Poseidón es Atenea, protectora de Atenas y la diosa más admirada por el mundo griego, por encima de Zeus. Si Poseidón hace lo posible por impedir el regreso de Odiseo a su patria, Atenea se colocará a favor de su hijo Telémaco, convenciéndole de que debe salir en su busca. Ella le apoyará. Y ese apoyo que el bonachón de Zeus (pues en la obra de Fenelon los dioses han perdido su condición terrible para aceptar las sugerencias que se le hacen) es el eje de *Las aventuras de Telémaco*: Atenea acompañará a Telémaco en su viaje, lo protegerá y le enseñará a desenvolverse en el mundo adecuadamente para no perderse y poder recuperar a Odiseo, retenido por Poseidón de todas las formas imaginables. Lo importante aquí es señalar que Atenea, la de los ojos brillantes, la diosa de la sabiduría y de las armas, es decir la diosa más completa del Olimpo, adopta la figura de un hombre anciano de blancos cabellos, pero fuerte estatura todavía, para acompañar a Telémaco en su viaje. Se hará llamar Mentor y Fenelon le dará un gran protagonismo en su obra, pues sobre este personaje recae el peso doctrinal de su mensaje. El escritor francés arranca de los libros III y IV de la Odisea para reescribir el periplo de Telémaco, concediendo una gran importancia a la presencia y los consejos de Mentor. Son sus enseñanzas, la forma en que va mostrando el mejor camino a Telémaco lo más interesante del libro. La lectura comparada de ambos textos muestra que, en la Odisea, Homero prima las dificultades de Odiseo y apenas da relevancia a la educación de Telémaco. Mientras que en la obra de Fénelon el protagonismo pertenece a Mentor, a través de los muchos ejemplos de consejo, apoyo, sabiduría, educación y guía de

<sup>3</sup> Cito por la edición de Montaner y Simón, de 1910, trad. de Luis Segalá y Estalella, Lib. I.

Telémaco. La Odisea de Homero tiene el mérito de crear el personaje y su nombre: Mentor. Sin embargo, las cualidades y atributos que hoy entendemos que posee un mentor, o un amentora, apenas se encuentran en la Odisea, fueron obra de Fenelon.

Mentor enseñará a Telémaco que es preferible la paz a la guerra, que nunca se deben tomar decisiones importantes si estamos sofocados por la ira o el deseo de venganza, que la justicia tiene varias caras y que deben ser analizadas, que dar un buen ejemplo es fundamental para ser buen gobernante, etc. etc. En el capítulo VII se aborda la educación sentimental del hijo de Ulises ya apuntada en el Libro I, y entramos de lleno en el tema del amor y del deseo: cuando Telémaco llega a la isla de Calipso, esta que ya se había enamorado anteriormente de Odiseo cuando pasó por allí, quiere retener a su hijo Telémaco y hacerlo su amante. Telémaco, sin embargo, se enamora de una de sus ninfas, Eucaris, y está dispuesto a permanecer en la isla olvidándose de su deber que sigue siendo encontrar a su padre. Mentor le hará ver el grave error que está cometiendo al tiempo que le hará comprender lo necesario que resulta la experiencia: “El que nunca ha sentido la debilidad del amor y la violencia de sus pasiones no es verdaderamente sabio, pues no se conoce todavía y no sabe desconfiar de sí mismo”. Reparemos en las palabras utilizadas: debilidad, violencia, desconfianza ...

Mentor, recordemos que es una diosa, Atenea, se disfraza de hombre para que el magisterio y la autoridad que le otorgan ser la diosa de la sabiduría puedan ser ejercidas sobre Telémaco, y aconsejará a este con consideraciones sobre el amor, el placer y las mujeres de acuerdo con la perspectiva de un clérigo virtuoso del siglo XVII, es decir viendo a las mujeres como piedra de toque que aquilata la fortaleza y el autodomínio de los hombres. Pura tentación y pecado. Mientras Fenelon se detendrá y le preocuparán las tentaciones del joven Telémaco viendo las ninfas que rodean y entretienen la corte de Calipso, no hay la menor consideración por las tentaciones que puede experimentar la atribulada Penélope en su palacio asediado por decenas de hombres que requieren sus favores sexuales. ¿Qué es de ella? Penélope no importa, basta con exponerla como estandarte de la fidelidad conyugal, tejiendo y destejiendo el sudario de Laertes y desconfiando de propios y extraños a fin de evitar cometer errores que ocasionen su pérdida y la de su hijo. Simboliza la impotencia para poner fin a su situación: si Odiseo no está, Penélope está muerta. Como sujeto no cuenta. La mujer es un enorme vacío en el proceso de formación y aprendizaje del joven Telémaco, tanto en la Odisea como en

la obra de Fenelon. No existe más que como tentación y daño, como peligro al que de ninguna manera debe sucumbirse, como pura naturaleza que arrastra al vicio y la molicie: nunca se verá a la mujer o al amor que ella encarna como un camino hacia el otro. Por tanto, la renuncia al amor que Telémaco siente por la ninfa Eucaris y que logra Mentor con sus razonamientos es la mejor garantía de la pervivencia del dominio masculino. El Otro no existe si lo mantenemos como un peligro. Mentor, capaz de comprender el punto de vista de fenicios, griegos, itacenses, cretenses, chipriotas y demás pueblos que ambos van conociendo, está incapacitado para acercarse al punto de vista de una mujer, siéndolo supuestamente. Solo supuestamente. Está claro que la voz narrativa de Atenea es una voz travestida, mero vehículo de la voz de Fenelon y este a su vez expresa a través de Mentor la ideología moral de una sociedad que aún preocupándose extraordinariamente por la moral y la virtud no contemplaba la cabida de verdaderas relaciones humanas entre mujeres y hombres. A Fenelon ni siquiera se le ocurrió considerar la condición femenina de Mentor y por tanto hacer el esfuerzo de ver el mundo y la vida desde una perspectiva no masculina. A eso, a esa supremacía que se concentra en la autoconservación masculina lo llamamos ideología patriarcal. La sabia Atenea vista por Fenelon, aconsejando prudencia y virtud en su trato con los demás hombres, pero rechazando esa humana actitud hacia las mujeres, donde debe prevalecer la desconfianza y la reserva, no es más que la máscara de un hombre que vela por los intereses de los hombres. Y de ahí la falacia que encierra querer pensar que cuando se habla en la tradición del hombre tiene un alcance universal y se extiende al ser humano en su conjunto. No es cierto, se habla de los hombres porque se piensa en ellos exclusivamente.

Sin embargo, habiendo llegado maestro y discípulo al final del camino, es decir de regreso a Ítaca, y cuando Mentor ha desgranado todas las enseñanzas sobre la justicia, la razón y la virtud es el momento, páginas finales de la obra, en que Atenea descubre su “verdadero” rostro. Y describe Fenelon:

Telémaco nota de repente que el rostro de su amigo toma una nueva apariencia: se borran las arrugas de su frente como desaparecen las sombras cuando la aurora, con sus dedos de rosa, abre las puertas del oriente e inflama todo el horizonte; sus ojos hundidos y austeros se transforman en ojos azules de celeste dulzura; su barba gris desaparece; rasgos nobles y altivos, junto con una gracia y dulzura especial, se muestran a los deslumbrados ojos de Telémaco. Está viendo un rostro de mujer, de un color más suave que una flor fresca: tiene la blancura del lirio y de las rosas nacientes y florece una eterna juventud. Un olor de ambrosía fluye de los cabellos

flotantes, y su vestido resplandece con los vivos colores con que el sol, al levantarse, pinta las sombrías bóvedas del cielo. La divinidad no toca la tierra con el pie, flota ligeramente en el aire. Su voz es suave pero firme e insinuante y sus palabras son dardos que atraviesan el corazón de Telémaco. En su casco figura el ave taciturna de Atenas y Telémaco reconoce a Minerva.

Todos los tópicos sobre la belleza femenina se hallan condensados en la figuración de Palas Atenea: los cabellos flotantes, los pequeños pies que apenas rozan el suelo que pisan, la tez del rostro sonrosada, la voz insinuante, la blancura de la piel ... Ella es la diosa de la sabiduría, pero también de la guerra ¿quién lo diría a juzgar por esta descripción? Ambas dignidades han quedado preteridas por la lógica de la sexuación que impera ya en el siglo XVII y que nos presenta la dicotomía logos/naturaleza a través de una Minerva feminizada de acuerdo con la forma en que el patriarcado dispondría el juego de roles entre los sexos. La supuesta objetivación del conocimiento del mundo que propone Fenelon a través de Mentor reproduce una estructura semántica ampliada en todos los grados de la historia y de la cultura. En ella las mujeres juegan un papel subalterno y peligroso, en el sentido de que su influencia puede desviar al hombre de sus altos deberes, de su responsabilidad en el diseño y gobierno del mundo.

Pero el “efecto Telémaco”, por terminar con la expresión que da título a este Encuentro, nos hace pensar mucho. Alude a las consecuencias que genera la ausencia del héroe, tanto en la familia como en el gobierno del reino. Para entendernos, si el varón se ausenta la casa (y utilizo el término del modo más simbólico posible) se hunde. Esta es la enseñanza que proporciona Telémaco. Penélope permanece en un no-tiempo, tejiendo y destejiendo a la vez, asediada por los pretendientes que quieren ocupar el puesto del marido desaparecido. Los sirvientes se ven perdidos ante la falta del amo y los itacenses han quedado sin referente. En cuanto al propio Telémaco, Ulises representa la ausencia absoluta. Sin embargo, cuidado, eso no significa una negación del padre, en términos psicoanalíticos. Muy al contrario, Telémaco viene a ser el antiEdipo freudiano. Mientras Edipo quiere matar al padre para yacer con su madre, Telémaco abandonará a la agobiada Penélope, supuestamente aconsejado por Minerva, para salir en busca del padre del que siente una inmensa y poderosa nostalgia. El objetivo es conseguir que regrese y con su vuelta restablecer el orden, tanto en la familia, como en los criados como en el gobierno del reino. Tal vez el relato, la psicología de Telémaco constituye la formalización más explícita de la necesidad de la autoridad masculina, del imperio del orden patriarcal. Sin él, se nos dice, la vida queda suspendida. Es una no-vida. Y de



ahí la necesidad de reflexionar sobre el modelo Telémaco, impuesto a los jóvenes europeos de ambos sexos durante generaciones. ¿Qué podía pensar una joven leyendo las enseñanzas de Fenelon? No sería legítimo preguntarse ¿de qué va esto?

La crítica que venimos aplicando a la cultura patriarcal demuestra que hay otro modo de ver las cosas: el énfasis que se pone en las consecuencias del vacío masculino requiere la anulación de la mujer: desde el borramiento que se hace de Minerva a favor de Mentor, al hecho de que Ulises confíe la crianza moral de su hijo específicamente a sus amigos, al destierro que en la Odisea se hace de Penélope a sus aposentos, hasta la forma en que se presenta a Calipso o Eucaris como la tentación y el peligro. Mujeres, en fin, que no son más que ecos de una naturaleza infame que debe ser sojuzgada.

Pero eso no es así. Penélope, a pesar de que Atenea la induce al sueño y la devuelve a sus dormitorios cada vez que surge un problema, es la mujer que, amparada en la oscuridad de la noche, teje y desteje en su alcoba solitaria la tela que, pese a todo, mantiene el orden en la ciudad. Es decir que Ítaca no se hunde a pesar de la larga ausencia de su rey. Y recorro a un ejemplo contemporáneo. Pensemos en lo ocurrido con la Gran Guerra, la mayor demostración de que la ausencia de los hombres en Gran Bretaña o Estados Unidos, porque en su mayoría fueron llamados a filas, no quebró el orden existente. Las mujeres aparcaron sus reivindicaciones sufragistas en las que estaban absortas en torno a 1914 para arar y sembrar los campos, atender los transportes, ambulancias, escuelas y hospitales, mantener las familias y socorrer los frentes. La vida continuó y la consecuencia de todo ello fue que los gobiernos comprendieron cuán equivocados estaban con el modelo Telémaco. En toda Europa y Estados Unidos las mujeres se ganaron el derecho al voto. El presidente Woodrow Wilson expresó su agradecimiento personal de forma memorable al solicitar el sufragio femenino al Senado, en 1918:

“Ellos [la gente sencilla en otros países] han visto a sus propios gobiernos aceptar una nueva interpretación de la democracia incorporando a las mujeres en la dirección de sus naciones. Las mujeres son copartícipes nuestras en esta guerra. ¿Acaso hemos de darles únicamente una participación en los sufrimientos, en los sacrificios, y en el trabajo, y no en los privilegios y derechos? Esta guerra no hubiera podido proseguirse, ni por parte de las otras naciones beligerantes ni de los Estados Unidos, si no hubiera sido por los servicios prestados por las mujeres — servicios prestados en todas las esferas — no solamente en los campos del esfuerzo en que estamos acostumbrados a verlas trabajar, sino en todo aquello en que los hombres han trabajado, y aun en las actividades más inmediatas a la lucha armada”.

“Si no les concedemos este derecho de la manera más amplia, como es ya seguro que lo harán otras grandes naciones libres, no sólo no volverán a tener confianza en nosotros, sino que

mereceremos que no nos la tengan. No podemos aislarnos en ideas y en acciones, en tales asuntos, del resto del mundo<sup>4</sup>”.

Y Telémaco iría quedando definitivamente atrás, como una fantasía masculina impuesta a lo largo de los siglos como si fuera una verdad universal. La misma que se repite a los niños más pequeños cuando se les dice: “No hagas nada, hasta que yo vuelva”. No hacer nada, quedar a la espera de que regrese quien mantiene el orden en la casa. Es decir quien tiene el poder para ello. Pero eso, Penélope querida, esa impotencia ante la vida elogiada como virtud ya no convence a nadie. Se acabó la espera.

---

4 Pasaje del Discurso acerca del sufragio de la mujer, en el Senado, el 30 de septiembre de 1918. Cfr. Mi libro *El feminismo en España. La lenta conquista de un derecho*, Cátedra, 2013.